

# Música

## FRUTOS MUSICOLÓGICOS

Por Juan Arturo Brennan

Allá por la parte vieja de la colonia Juárez, al inicio de la calle de Liverpool, se alza una casona vieja, muy vieja, que en los terremotos de 1985 vio cuartearse sus paredes y sus techos, pero que permaneció en pie contradiciendo valientemente las leyes de la edad y de la gravedad. Los grises muros de la casona albergan una institución cuya intensa actividad parecería ser desmentida por la pasividad exterior del inmueble. Se trata del Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical "Carlos Chávez", mejor conocido por propios y extraños como CENIDIM.

La vetusta reja de hierro forjado, custodiada casi siempre por un hombre casi tan rústico como la casa misma, da acceso a un largo patio en cuyo fondo se amontonan anárquicamente los automóviles de investigadores y musicólogos diversos. Una marmórea escalera da acceso al vestíbulo principal de la casa, y ahí donde en otros tiempos debió estar el salón de recepciones, podemos encontrar un pequeño pero interesante museo de instrumentos musicales, de muy variadas procedencias. Desde sus respectivas gavetas de vidrio, son testigos de latente elocuencia del quehacer musical múltiple de las culturas de todo el mundo. Al otro lado del breve museo, una desvencijada puerta con la que siempre hay que pelearse da acceso a la biblioteca del CENIDIM, en cuyos polvosos anaqueles es posible hallar materia musical escrita no sólo de gran utilidad, sino también de gran interés. Ahí están todos los documentos donados por Gerónimo Baqueiro Foster y su esposa Eloísa; ahí están muchas partituras fundamentales de la historia musical de México, y no pocas de música extranjera; ahí están los fascinantes tomos de la enciclopedia Grove, indispensable herramienta musical para quienquiera que investigue asuntos sonoros; ahí están, cuidadosamente encuadernados, los programas de mano de los conciertos de la Orquesta Sinfónica de México, de las décadas de los

30 y los 40; ahí están los monolíticos diccionarios enciclopédicos alemanes, junto al magnífico diccionario Baker de biografía musical.

Y complementando estos materiales, toda clase de manuales, tratados, historias, biografías, ensayos y muchas otras fuentes de conocimiento sobre la música. Sobre los precarios estantes que bordean la sala de lectura, es posible hallar diversas colecciones de revistas especializadas, en las que se encuentra con la paciencia que el caso requiere, ese dato elusivo sobre algún compositor desconocido.

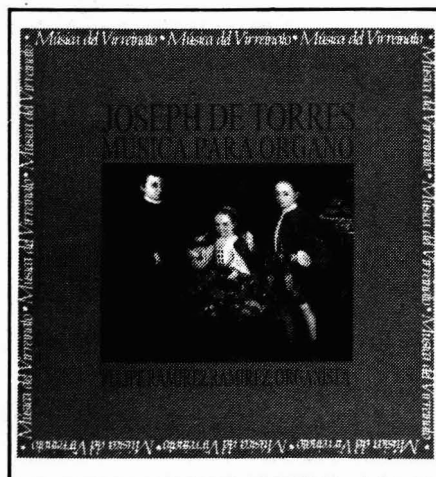
En alguna ocasión, después de un par de horas de minuciosa revisión de varias docenas de números de la revista de la Casa de las Américas, hallé un improbable resumen biográfico del compositor cubano Enrique González Mántici, después de haber fatigado sin resultado alguno todas las enciclopedias habidas y por haber. En mis frecuentes y azarosas búsquedas de materiales musicales en la cavernosa biblioteca del CENIDIM, me he topado, casi por casualidad, con auténticas maravillas musicológicas. Y si los índices y los catálogos son de gran valor para estas exploraciones, no lo es menos el elemento humano. En más de una ocasión, a punto de darme por vencido en la búsqueda de algún dato, se ha cruzado en mi camino la figura de Aurelio Tello, compositor y musicólogo de paciencia admirable, colaborador fundamental del CENIDIM. A mis casi siempre angustiadas preguntas sobre arcanos temas musicales, Aurelio Tello responde con una gran pausa que aprovecha para entrecerrar los ojos y hacer memoria. De pronto, su rostro se ilumina, y con ese rastro de acento andino que todavía le queda, me dice: "¡Ya está, maestro! Esa obra la estrenó la Sinfónica por allá en el 44 o 45, y la dirigió Revueltas. Seguro en aquel estante lo encuentras."

Y casi siempre, el dato en cuestión está

ahí, en ese estante. Pero no todo en la biblioteca del CENIDIM es añejo y polvoso; en más de una ocasión me ha tocado compartir el espacio con los investigadores que revisan concienzudamente los materiales musicales microfilmados que ahí pueden encontrarse.

El resto de la casona es igualmente interesante; como buena casa vieja, la que aloja las instalaciones del CENIDIM está llena de rincones y recovecos, que han sido habilitados para labores diversas. Debajo de la planta principal, un minúsculo espacio se dedica al servicio de fotocopiado para los usuarios de la biblioteca; al mismo nivel, pero más atrás, los oscuros salones en los que los talleres de composición han ayudado a formar nuevas generaciones de compositores, bajo la guía de músicos de primera, como Federico Ibarra. Del piso principal, una escalera tan larga como la Cuaresma nos lleva al piso superior; el trayecto es aligerado por la presencia de algunas fotografías e instrumentos relativos al quehacer musical étnico, todo ello colocado con cierta desenfadada anarquía aquí y allá. Un furtivo recorrido por ese piso superior del CENIDIM nos pone en contacto con algunas oficinas en las que se despachan los perennes asuntos de papeles, oficios, requisiciones y demás asuntos formales, pero también nos permite hallar, distribuidos por los rincones, a quienes trabajan en los proyectos musicológicos que son la médula de la actividad de la institución. En una esquina alejada, Hiram Dordelly y Guillermo Contreras se enfrascan en una polémica sobre el posible origen étnico de tal o cual son, hallado casualmente en una cinta magnetofónica de grabaciones de campo, de procedencia oscura. Por acá, José Antonio Guzmán se ocupa de dar coherencia al perfil organológico de una serie de instrumentos musicales del virreinato. Cerca, Aurelio Tello revisa los últimos detalles de una partitura de Salvador Contreras, que deberá enviar a Toluca para que la obra sea estrenada por la Orquesta Sinfónica del Estado de México. En otra parte, ante un escritorio indescriptible y más o menos anárquico, Arturo Márquez y Yael Bitrán deciden el contenido del próximo boletín informativo del CENIDIM, mientras Felipe Ramírez dilucida la identidad del compositor Joseph de Torres, autor colonial de obras para órgano, y un silencioso dibujante traza con infinita paciencia, sobre límpido papel albanense, los símbolos musicales de una partitura de Candelario Huízar que pronto será editada.

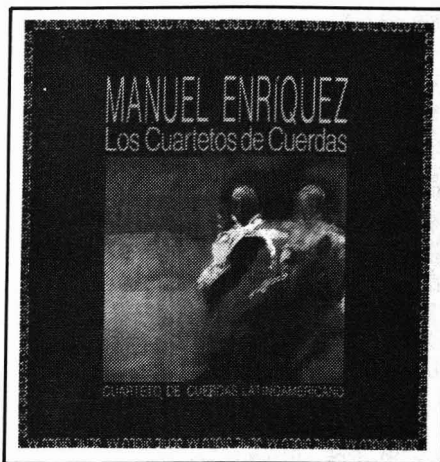
Todavía hay que dar algunas vueltas y



Disco producido por el CENIDIM

cruzar varias puertas para llegar al reducido musicológico más recóndito del CENIDIM. Al fondo de un extraño salón cuyo piso está cubierto por una alfombra de un verde inverosímil, están los archiveros que contienen los currícula de muchísimos compositores mexicanos, rigurosamente alfabetizados desde Alcalá hasta Zúñiga. En la minúscula antesala de este archivo, está la pequeña pero sustanciosa audioteca, en la que pueden hallarse sonidos muy interesantes, desde cintas que contienen grabaciones de obras mexicanas que nunca se han vuelto a tocar después de su estreno, hasta ejemplares únicos de discos viejísimos que aparecieron cuando algunas compañías disqueras, como la MUSART, dedicaron algún esfuerzo a la música mexicana de concierto. En mis últimas visitas a este rincón del CENIDIM, me he quedado con la impresión de que los musicólogos que lo habitan tienen especial predilección por las versiones antiguas de las *Carmina Burana*, que escuchan con singular frecuencia en el viejo aparato de sonido de la audioteca.

Además de estos y otros elementos relativos a la musicología, el CENIDIM tiene una dinámica de difusión que contradice a quienes piensan que la investigación de asuntos musicales es una ciencia arcaica y abstrusa y que, sobre todo, carece de frutos tangibles. El CENIDIM desmiente esta teoría a través de sus propios frutos musicológicos, en la forma de libros y discos relativos a la música mexicana,



Disco producido por el CENIDIM

y la edición de partituras de todas las épocas de nuestra historia musical. En particular, los discos y los libros constituyen la forma más directa en la que la institución puede comunicarse con el público interesado en lo que atañe a la música de México. Así, en este ámbito de la difusión musicológica, hallamos que al CENIDIM ha publicado tres cuadernillos dedicados a Candelario Huízar, Ángela Peralta y Julián Carrillo, los dos primeros escritos por José Antonio Alcaraz, el tercero por José Rafael Calva. En la misma serie, un libro de ensayos musicológicos de Luis Jaime Cortez (actual director del CENIDIM), una recopilación de textos sobre el compositor Mario Lavista, y una colección de notas del mismo Alcaraz sobre diversas obras de compositores mexicanos. Hay, además, una exhaustiva biografía del compositor

Salvador Contreras, a cargo de Aurelio Tello; los volúmenes segundo y tercero del Tesoro de la Música Polifónica en México; un interesantísimo texto de Raúl Pavón sobre la electrónica en la música y en el arte y una selección de ensayos y proposiciones sobre la educación musical infantil en México.

En el ámbito de los discos, cuatro producciones marcan el rumbo de los frutos musicológicos mencionados. En primer lugar, un disco que contiene los indispensables cuatro primeros cuartetos de cuerdas de Manuel Enriquez. Después, un disco dedicado a la música de cámara de Candelario Huízar. Como complemento a la biografía escrita por Tello, un disco con diversas obras de Salvador Contreras. Y finalmente, un álbum doble con las obras organísticas del virreinato mexicano, originales de Joseph de Torres, y tocadas por Felipe Ramírez en el órgano del Evangelio de la Catedral Metropolitana de México.

Y como remate a todo esto, hay que mencionar el hecho de que, desde hace un buen tiempo, el CENIDIM ha estado involucrado de cerca con la edición de la revista musical *Pauta*. Todos los materiales aquí mencionados, y muchos otros, están disponibles para todo aquel que requiera consultarlos y hacer uso de ellos, ya sea por razones profesionales, interés vocacional, curiosidad musical, o puro gusto. No hace falta credencial de músico para entrar a la vieja casona y descubrir la materia musical del CENIDIM. ◇

